



## La pedagogía de Jesús, un camino para la misión continental

Frei Carlos Raimundo Rockenbach\*

### Sumario

Partiendo del presupuesto de que en nuestro itinerario discipular-misionero todos debemos "recomenzar desde Cristo", Frei Carlos muestra en el presente artículo los principales aspectos de la experiencia discipular así como de la "pedagogía de Jesús" en el desempeño de la misión que el Padre Dios le confió y que, a su vez, Él encomendó a su Iglesia; y sugiere dicha pedagogía como paradigma para el desarrollo de la Misión Continental a la que nos ha lanzado Aparecida.

**Palabras clave:** Misión Continental, Pedagogía, Pedagogía de Jesús, Jesús discípulo.


\* OFMCap - Maestro en Liturgia y Teología Sacramentaria. Secretario Ejecutivo del Departamento de Misión y Espiritualidad - CELAM.



**Sumário:**

Partindo do pressuposto de que em nosso itinerário discipular-missionário todos devemos “recomeçar a partir de Cristo”, Frei Carlos demonstra em seu artigo os principais aspectos da experiência discipular, assim como da “pedagogia de Jesus” no desempenho da missão que Deus Pai lhe confiou e que, por sua vez, Ele recomendou à sua Igreja; e sugere esta pedagogia como paradigma para o desenvolvimento da Missão Continental à qual Aparecida nos enviou.

**Palavras chave:** Missão Continental, Pedagogia, Pedagogia de Jesus, Jesus discípulo



**T**odos los bautizados -Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas- estamos llamados a *recomenzar desde Cristo*, a reconocer y seguir su presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años, y con los *Juan Diego* del Nuevo Mundo. Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar” (DA 549). Este puede ser considerado el número clave del Documento de Aparecida que impulsa el gran sueño y desafío de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña que es “hacer de todos sus miembros discípulos misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él” (DA 1). Pues los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho, no solamente a sobrevivir, sino a vivir como hijos de Dios, con condiciones más humanas, con toda su dignidad y deseo de plenitud, de amor, verdad, justicia y belleza que nadie puede desechar.

Dentro de una realidad llena de belleza y fecundidad, de riqueza de humanidad que se expresa en las personas, familias, pueblos y culturas, no podemos ignorar el otro lado de la medalla, donde constatamos el grave deterioro de la vida social por el crecimiento de la violencia causada por la idolatría del dinero, el avance de una ideología individualista y utilitarista, el irrespeto a la dignidad de cada persona, el deterioro del tejido social, la corrupción, incluso en las fuerzas del orden, y la falta de políticas públicas de equidad social



(DA 78). Es lo que Eduardo Galeano llama: “el mundo sin alma que se nos obliga a aceptar como único mundo posible, no hay pueblos, sino mercados; no hay ciudadanos, sino consumidores; no hay naciones, sino empresas; no hay ciudades, sino aglomeraciones; no hay relaciones humanas, sino competencias mercantiles”<sup>1</sup>. En este mundo regido por las leyes del mercado, de “la globalización que convierte el lucro en valor supremo”<sup>2</sup>, los no-nacidos, los enfermos, los ancianos, los miserables, los hambrientos, los analfabetos, los marginados y los excluidos en general pierden su valor intrínseco, pues se construye una cultura de muerte que amenaza y sacrifica a los más desfavorecidos de la sociedad. Es un sistema que mata: *mata físicamente* millones de seres humanos de la “población sobrante”; *mata culturalmente* por la homogenización de “cultura universal” del pensamiento y sentir único; *mata socialmente* al negar los derechos fundamentales de una vida digna para la mayoría de la población mundial; *mata ecológicamente* con la destrucción irracional de la naturaleza considerada únicamente como objeto de explotación y ganancia<sup>3</sup>.

Para que la VIDA, gran Sacramento de Dios, sea restaurada en su belleza y valor original, es necesario que cultivemos la sensibilidad sacramental de San Francisco de Asís, reconociendo a Dios presente en todas sus criaturas, tratándolas como hermanos y hermanas, y nos sintamos convocados como discípulos misioneros a ponernos en estado de Misión permanente y llevar adelante esta tarea de construir un “nuevo cielo y una nueva tierra” (Ap 21,1), signo de la restauración del paraíso original, signo real de la presencia del Reino de Dios.

La eficacia de la misión depende, en gran medida, de nuestra docilidad al Espíritu de Dios, de nuestra disponibilidad y fidelidad en el seguimiento (discipulado) al único Maestro, que nos llama por nuestro nombre. La garantía del éxito de la Misión Continental, de la

<sup>1</sup> Citado por PERESSON, Mario L., *La Pedagogía de Jesús – maestro carismático popular*. Librería Salesiana, Bogotá, 2006, p. 16.

<sup>2</sup> DI 2.

<sup>3</sup> Cf. PERESSON, Mario L., op. cit., p. 17.

realización del deseo de Dios y del sueño de nuestros pueblos, estará en adoptar la “Pedagogía<sup>4</sup> de Jesús” en nuestro actuar misionero.

## 1. LA PEDAGOGÍA DE LA ENCARNACIÓN – Kénosis

En el misterio de la Encarnación encontramos el principio y el fundamento de la pedagogía de Jesús. Ante la humanidad que busca, por todos los medios posibles, subir, estar arriba de todo y de todos, Dios baja lo más posible, toma la forma humana, para humanizar y divinizar la humanidad. Así la kénosis y humanización de Dios es al mismo tiempo la ascensión y divinización de la humanidad. Jesús de Nazaret, el Verbo Encarnado, es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. “El Verbo (Jesucristo), en virtud de su inmenso amor (a la humanidad) se hizo lo que somos nosotros, para obtener que fuéramos lo que es él”<sup>5</sup>. “Humano así, solo puede ser Dios mismo”<sup>6</sup>.

La Encarnación es también la expresión de la *solidaridad de Dios con los excluidos y los pobres de la tierra*. El lugar y la forma de su nacimiento ya es una profecía, expresión de esta solidaridad. Nace en una familia pobre y trabajadora, vive en la región desprestigiada y marginada de Galilea, en un villorrio sin reconocimiento alguno, Nazaret; fue rechazado en Belén, no teniendo donde nacer, fue perseguido por el tirano Herodes; para salvarlo sus padres tuvieron que huir al exilio, fue acosado por los grupos sociales poderosos de su época, y finalmente fue crucificado como insurrecto contra el imperio<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Pedagogía: ciencia que trata de la educación y de la enseñanza. Diccionario Enciclopédico Ilustrado Integral. Lexus Editores, Bogotá, Colombia, 2004. “La pedagogía, como ciencia de la acción educativa, es una disciplina no simplemente descriptiva, es una realidad existente, una reflexión crítica, prioritariamente proyectiva, tendiente a dar sentido, redefinir y ofrecer una refundamentación permanente al conjunto de prácticas educativas. Es una ciencia dinámica que evoluciona constantemente, pues siempre tiene que dar una respuesta inédita y eficaz a las aspiraciones crecientes y emergentes de humanización de las personas y a las exigencias de transformación del medio social dentro del cual se inserta y realiza”. In PERESSON, Mario, op. cit., p. 113.

<sup>5</sup> San Ireneo, *Adversus Haereses V praef. In fine: “Verbum Dei... qui propter inmensam sumam dilectionem factus est quod sumus nos, uti nos perficeret esse quod est Ipse”*.

<sup>6</sup> BOFF, Leonardo, *Jesús Cristo libertador: ensaio de cristología crítica para o nosso tempo*, Petrópolis: Vozes, 1980.

<sup>7</sup> PERESSON,| Mario L., op. cit. p. 252.



Él no se hizo genéricamente hombre sino concretamente pobre: se hizo historia, pueblo, cultura, artesano, exilado, perseguido, condenado a muerte, crucificado fuera de la ciudad. Se apropió de la condición de los pobres, sufrió con ellos, tuvo compasión por ellos, les reveló la misericordia del Dios del Reino, del Dios de la vida, y se comprometió con su causa liberadora. *“El, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a si mismo, tomando la condición de servidor, haciéndose semejante a los hombres...”* (Flp 2,6-7). Él no sólo se encarna en el mundo de los pobres, buscando su liberación integral de una manera consciente y activa, sino que se identifica con ellos: *“En verdad les digo, cuando lo hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, lo hicieron conmigo...; les digo que siempre que no lo hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, conmigo no lo hicieron”* (Mt 25, 40.45). Por la Encarnación, Dios fijó su tienda entre los pobres de la tierra, entró en la *historia de los pueblos* y la asumió como propia. Se dio en un momento particular de la historia del pueblo judío, bajo la ocupación romana; en medio de las contradicciones económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas; y ahí, implicándose en ellas, Jesús proclamó e inauguró la utopía del Reino. Dios se revela en y desde los acontecimientos históricos, desde ellos y en ellos Dios llama, interpela y manifiesta su voluntad; de esta forma, los acontecimientos se vuelven sacramentales, reveladores del actuar de Dios.

Jesús, *el Hijo de Dios*, para hacerse entender, habló el lenguaje humano de los sencillos de la tierra, para sentir lo que ellos sentían: *“trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre; nacido de la Virgen María se hizo verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros excepto en el pecado”* (GS 22b). *“No podía expresarse de manera más incisiva y comprensible para los hombres y mujeres de hoy lo que significa la ley de la encarnación. Los cuatro verbos usados: trabajar, pensar, obrar, amar; acompañados con la mención de las respectivas facultades o instrumentos de actuación –manos, inteligencia, voluntad, corazón-, y seguidos cada vez por el adjetivo “humano/a/as”, confieren a la afirmación una marcada*

densidad encarnatoria. Y la frase final: “se hizo verdaderamente uno de nosotros” – lleva dicha densidad a su más alto grado<sup>8</sup>.

## 2. JESÚS DISCÍPULO – Sacramento del Padre

Jesús de Nazaret, el Verbo Encarnado, es la *revelación histórica de Dios*, el sacramento primordial de la solidaridad de Dios-Amor para con nosotros, el signo de la cercanía de Dios, Dios-con-nosotros, el lugar de su presencia y del encuentro con él, la imagen del Dios invisible (Col 1,15). Es el sacramento del encuentro con Dios: por él y en él Dios llega a nosotros y por él y en él llegamos al Padre. Jesús, ya en las profecías del Antiguo Testamento que se refieren a Él, provocaba asombro. El profeta Isaías en su anuncio hace una presentación minuciosa y sorprendente de Jesús, diciendo que *una virgen embarazada dará a luz un varón a quien le pondrá el nombre de Emmanuel* (Is 7,14). *“Sobre él reposará el Espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de prudencia y valentía, espíritu para conocer a Yahvé y para respetarlo y para gobernar según sus preceptos. No juzgará por las apariencias ni se decidirá por lo que se dice, sino hará justicia a los débiles y dictará sentencias justas a favor del pobre”* (Is 11,2-4). *“No clamará, ni gritará, ni alzará su voz en las calles. No romperá la caña quebrada ni aplastará la mecha que está por apagarse”* (Is 42,2-3). Este asombro tomó aires de realidad en su encarnación, pues este hombre nace y se desarrolla en una familia campesina sin tierra, obligado a trabajar de artesano para lograr un mínimo de bienestar o al menos la subsistencia, viviendo en un pueblito subyugado bajo el Imperio romano dominador y cruel, llamado Nazaret, de “Galilea de los gentiles” (Mt 4,15), también conocida como “Galilea de los paganos”, región marginada del auténtico judaísmo e influenciada por el paganismo, pues estaba rodeada de pueblos paganos. No se creía que de esta región podía venir la salvación de Dios: “Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta” (Jn 7,52). “¿De Nazaret puede salir cosa buena?” (Jn 1,45-46). El asombro se convirtió en admiración y estupefacción ante sus respuestas y enseñanzas a los doctores de la Ley y a sus padres, en el templo a los doce años de edad. Como

<sup>8</sup> GALLO, Luiz, *El misterio de la Encarnación en el año jubilar y en la Espiritualidad Salesiana*. Ponencia presentada en el Encuentro de espiritualidad Salesiana, Quito, 5-6 de Mayo del 2000. Citado por PERESSON, Mario L, p. 257.



consagrado por la unción, colmado del Espíritu Santo, enviado para llevar la Buena Noticia a los pobres, a liberar a los oprimidos, a abrir los ojos de los ciegos, el asombro, el encantamiento, la admiración tomó forma de preguntas: ¿Dónde aprendió Jesús todo lo que sabía y enseñaba? La multitud, al oírle, quedaba maravillada, y decía, “¿De dónde le viene todo esto?” ¿Qué pensar de este don de sabiduría? ¿Y cómo explicar este poder milagroso que tiene en sus manos? “¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? Y sus hermanas, ¿no viven aquí entre nosotros?” (Mc 6,2-3) ¿Cómo conoce las Escrituras sin haber estudiado? (Jn 7,12-16). Y se escandalizaban a causa de él”.

Hoy día muchos tienen y difunden la falsa idea de que Jesús es una “enciclopedia divina” que cayó del cielo en la tierra, y que en el día de su nacimiento ya sabía todo y apenas reproducía como una grabadora lo que traía del Padre. Son los que no reconocen ni aceptan la humanidad de Jesús, porque un Dios encarnado en la historia, que la asumió plenamente, los cuestiona y los compromete. Pero Jesús, siendo igual a nosotros en todo menos en el pecado, como todo niño, como todo joven, como todo ser humano fue un aprendiz y pasó por un proceso normal de formación. El profeta Isaías presenta a Jesús como un fiel discípulo a quien el Señor toda mañana despierta el oído para que escuche la voz y la enseñanza de Yahvé: “*El mismo Señor me ha dado una lengua de discípulo... Cada mañana él despierta mi oído...*” (Is 50,4-5). Dios habla y enseña de muchas maneras, tiene muchos y sorprendentes interlocutores. Al discípulo le corresponde desarrollar la sensibilidad de percibir las muchas formas de instrucción del Padre.

¿Dónde aprendió Jesús todo lo que sabía y enseñaba? He aquí sus principales ámbitos de aprendizaje.

#### **a) La escuela del hogar**

Los primeros maestros de Jesús fueron, sin duda alguna, José y María, en la escuela del hogar de Nazaret, pues el ambiente y actitud religiosa de ellos, propia de los “pobres de Yahvé” que vivían esperando la llegada de los tiempos mesiánicos, era un terreno favorable de formación religiosa. Además, la familia era, en efecto, la institu-





ción educativa por excelencia en todo el Antiguo Testamento. Una buena parte de la educación religiosa de los niños se realizaba en las propias casas, en familia, sobre la base de la curiosidad infantil, que pedían la explicación de cuanto vivían y veían realizar a sus padres y acontecía en el pueblo. Así, los padres, asumían la misión de maestros y buscaban responder a la recomendación del libro de Deuteronomio: “Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: ‘¿qué son estos preceptos, mandamientos y normas que Yahvé les ha ordenado?’” Tu responderás a tu hijo: “Nosotros éramos esclavos de Faraón en Egipto, y Yahvé nos hizo salir de Egipto con mano firme. Y lo vimos hacer milagros grandes, y terribles prodigios contra el Faraón y toda su gente, y a nosotros nos sacó de allí para conducirnos a la tierra que prometió a nuestros padres...” (Dt 6, 20-25). La enseñanza básica en la familia contenía los *elementos de la fe judía*. Era una enseñanza tanto moral, como histórica y litúrgica. Así, en la escuela de José y María, “Jesús progresaba en sabiduría, en estatura, y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,52).

### **b) La Sinagoga**

La participación en la liturgia sinagoga, a lo largo de toda su vida, fue el lugar y mediación para conocer la Torá y los profetas, aprender a recitar los salmos e interpretar y aplicar las Escrituras a las circunstancias de la Asamblea. Jesús tenía la costumbre de frecuentar asiduamente la Sinagoga (cf. Lc 4,16). Esta, Además de ser el lugar del culto sabático, tenía, normalmente, una escuela anexa que se ocupaba de la educación de los varones, y es probable que Jesús completara la educación familiar con la instrucción recibida en la Sinagoga local de Nazaret. Dicha educación, más o menos formal, giraba en torno a la Biblia hebrea. En su confrontación con los escribas y fariseos, Jesús demuestra un conocimiento amplio de la Escritura, a la vez que asume una actitud crítica de cuestionamiento y condena, de las tradiciones e interpretaciones de la ley.

### **c) La Escuela da la vida**

Pero fue en la “Escuela de la vida” y en la “Universidad de lo cotidiano” donde Jesús aprendió mucho. Jesús participó de la vida cotidiana del pueblo sencillo al que pertenecía y de su cultura. Los



relatos de los evangelios demuestran que Jesús tenía un profundo conocimiento de la vida y de la realidad del pueblo; estaba familiarizado con todo lo referente al trabajo (Mt 20,1-15; Lc 16,1-8; Mt 24,45-51...), con el trabajo agrícola y campesino (Lc 9,62; 17,7; Jn 4,35-38; Mt 13,3-8), del pastoreo (Jn 10,1-18), conocía sobretodo el sufrimiento de su gente (Mt 14,14; 15,32; Mc 6,34; 8,2), miraba con los ojos de los “pobres de la tierra”, que cargaban de forma dolorosa todo género de angustias y fracasos, con una singular opción por ellos, compartiendo sus sufrimientos y también sus anhelos de justicia y esperanzas de liberación. Conocía la vida de la sociedad y de las estructuras del poder opresor que masacraba y agobiaba a los pobres de la tierra (Mt 20, 25-28). Ante esta realidad, Jesús, con su corazón compasivo, sensible y misericordioso escucha en el clamor del pueblo una clara enseñanza para su misión, profetizada por Isaías (Is 61,1-2; Lc 4,21).

#### **d) Discípulo del Padre**

Sin embargo, sería una tremenda distorsión y un enorme vacío pensar que la sabiduría de Jesús tuviese sus raíces e inspiración en condiciones y mediaciones puramente humanas, desconociendo la sabiduría que viene de Dios. Encontramos numerosos textos en los cuales se destaca esta particular e intensa relación (Jn 7,16-18; 15,15; Lc 10,21-22). La sabiduría que proviene de una profunda experiencia de Dios como Padre, incluso Jesús se atrevió a utilizar para mostrar su íntima relación con Dios, el término “*Abba*”, vocablo que expresa un particular afecto, familiaridad y ternura que se puede traducir como “mi querido Papá”, o Papito. Para Jesús esta familiaridad refleja el cariño, la sencillez, la ternura y la seguridad que tiene su relación con Dios, como Padre. “... *les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre*” (Jn 15,15). Jesucristo es el Sacramento del Padre: “*la imagen visible del Dios invisible*” (Col 1,15). Ante el deseo manifestado por Felipe de ver a Dios, Jesús responde: “*El que me ha visto, ha visto al Padre*” (Jn 14,7-9). Jesucristo es la revelación del Padre, la Palabra de Dios que se hizo carne. Su fidelidad a la voluntad del Padre es tan radical que hace de ella su alimento: “*Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra*” (Jn 4,34). El origen y fundamento de la enseñanza de Jesús como Maestro, está en su íntima y profunda experiencia de Dios. Jesús enseña lo que ha oído

de su Padre, lo que él le ha dado a conocer. Antes de ser Maestro, fue un fiel discípulo. *“A vosotros os llamo no siervos sino amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”* (Jn 15,15); *“las palabras que yo hablo las hablo como el Padre me lo ha dicho a mí”* (Jn 12,49-50; 14,10); *“mi enseñanza no es mía, sino de aquel que me envió...”*. No son solamente sus palabras que revelan al Padre sino su acción que las confirma como verdaderas: *“El Hijo no puede hacer nada por sí mismo sino solamente lo que ve hacer el Padre”* (Jn 5,19ss); *“créanme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Créanlo, al menos, por las obras”* (Jn 14,11).

La experiencia cotidiana de comunión con el Padre, las frecuentes y largas horas de oración, de soledad en lugares apartados y en el monte, permiten a Jesús discernir la voluntad del Padre y sentir su presencia íntima y profunda en su vida. La oración se convierte para Jesús en el lugar y el momento específicos, particularmente intensos, de relación con su Padre, cualitativamente diferentes de los tiempos y espacios ordinarios y cotidianos. La condición para acoger la enseñanza del Padre es la sencillez y la escucha de su Palabra con el corazón. Jesús, al constatar quiénes acogían la Palabra, lleno de júbilo en el Espíritu Santo exclama: *“Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños...”* (Mt 11,25s).

### 3. JESÚS MAESTRO – Camino, Verdad y Vida

Nadie enseña lo que no aprendió y nadie puede dar lo que no tiene. Para ser un buen Maestro, es necesario antes ser un buen discípulo. Y ser un buen Maestro no es meramente una cuestión de contenido, es sobre todo un modo de ser, una forma de vivir. En la Sagrada Escritura encontramos muchos modelos de maestros. En el tiempo de Jesús tenemos los rabinos, maestros de la ley que enseñaban en las sinagogas. Jesús se distingue de todos ellos. Él no forma parte de la clase rabínica oficial del judaísmo, por eso es rechazado, perseguido y desconocido como maestro por los escribas y los fariseos, los maestros de la ley, los sumos sacerdotes, los herodianos, los saduceos, en una palabra, es rechazado por los grupos y clases en el poder; por el contrario es reconocido, acogido y llamado “Maestro” por los sencillos, los pobres que esperaban los tiempos mesiánicos



portadores de justicia, los excluidos y marginados en la sociedad, los arrinconados, los “malditos que no conocen la ley” (Jn 7,49). Jesús, distanciándose de la tradición judía, escoge a sus discípulos (Mc 3,13; Lc 6,13; 10,1). Éstos no lo siguen por propia iniciativa, sino porque son elegidos: “*Ustedes no me escogieron a mí. Soy yo quien los escogí a ustedes...*” (Jn 15,16). Jesús “llamó a los que él quiso... para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,13-14). Ellos no fueron convocados para *algo*, para seguir meramente una doctrina, para adherirse estrictamente a una ley, sino para *Alguien*, elegidos para *vincularse* íntimamente a una persona (cf. Mc 1,17; 2,14). Pero Jesús no quiere una vinculación como “siervos” (cf. Jn 8, 33-36), porque “el siervo no conoce lo que hace su señor” (Jn 15,15), sino como “amigos” y como “hermanos”. El “amigo” ingresa a su vida, haciéndola propia. El amigo escucha a Jesús, conoce al Padre y hace fluir la vida de Jesucristo en su propia existencia (cf. Jn 15,14) marcando la relación con todos (cf. Jn 15,12). El “hermano” de Jesús (cf. Jn 20,17) participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la misma vida que viene del Padre, aunque de modo diferente, Jesús por naturaleza (cf. Jn 5,26; 10,30) y el discípulo por participación (cf. Jn 10,10). Jesús, a aquellos que llama los hace familiares suyos, porque comparte la misma vida que viene del Padre y les pide, como discípulos, una unión íntima con Él, obediencia a la palabra del Padre, para producir en abundancia frutos de amor<sup>9</sup>. Más que *vincularse* a Él, el discípulo es llamado a *configurarse* con Él, asumiendo la centralidad del Mandamiento del amor: “*Ámense los unos a los otros, como yo los he amado*” (Jn 15,12), “*así reconocerán todos que son discípulos míos*” (Jn 13,35)<sup>10</sup>.

La adhesión a Jesús y su seguimiento, nacen del encuentro entre la inquietud y las aspiraciones de las personas que se acercan a él y el proyecto que él propone. Con ellos Jesús formó una comunidad educativa y educadora. Los apóstoles siguieron a Jesús porque él los llamó, pero también porque ellos reconocieron en él al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29.37), al Mesías, el Cristo (Jn 1,41), al Maestro (Jn 1,38); a aquel de quien habían escrito

<sup>9</sup> DA 131-132.

<sup>10</sup> DA 136.138.

Moisés en la Ley y los profetas (Jn 1,45), al Hijo de Dios, al Rey de Israel (Jn 1,49). Jesús también se distingue de los Rabinos y doctores de la ley por su enseñanza. Jesús enseña con autoridad: *“La gente quedó asombrada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”* (Mc 1,21-21), que *“dicen y no hacen”* (Mt 23,2). La originalidad de la autoridad de Jesús se fundamenta en la libertad y autonomía frente a la Ley, las tradiciones y las instituciones, y sobretodo en la coherencia entre lo que Jesús dice y enseña y lo que vive y actúa. Él *“ha venido a dar testimonio de la verdad”* (Jn 18,37) y a proclamar la Buena Nueva del Reino de Dios, expresión de la vivencia del Mandamiento nuevo del Amor. Jesús no se limita a pronunciar una doctrina, a proclamar un mensaje, sino que acompaña y reafirma su enseñanza con *signos de misericordia y gestos emancipatorios*, con los cuales no sólo cuestiona la doctrina de los escribas y fariseos, sino que prácticamente la deshace, rompiendo el legalismo que imponían, particularmente el criterio que ellos establecían de lo puro e impuro, como norma y medida de santidad. Jesús muestra que es la misericordia lo que nos hace verdaderamente santos a imagen de Dios: *“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”* (Lc 6,36)<sup>11</sup>. Jesús enseña con su ejemplo. Distinto de los maestros y doctores de la ley, él, siendo Maestro y Señor, se hace servidor de todos: *“el Hijo del Hombre no vino para que lo sirvieran, sino para servir y dar su vida como rescate de una muchedumbre”* (Mc 10,45). Jesús se acerca a los pobres, enfermos, a los que están fuera de la ley, a los “impuros”, y con su ternura, compasión y hechos, tocándolos, abrazándolos, sanándolos, no sólo infringe leyes y criterios farisaicos, sino que, al hacerlo, reincorpora a la comunidad a los que habían sido excluidos, segregados y les volvía a dar el sentido de su propia vida. Al tocarlos, sanarlos y liberarlos Jesús, de hecho, los acogía en una nueva comunidad que él inaugura, la comunidad fraternal, mediante la comunión en la mesa, compartiendo el pan con los transgresores y los impuros (Mt 9,11.14). La mesa es el lugar familiar del encuentro, del reencuentro, donde se comparte el afecto y la alegría. La comida compartida es un gesto y un signo de amistad, de cercanía, de misericordia y de la inclusión en el Reino de Dios a los que eran considerados pecadores y excluidos.

<sup>11</sup> PERESSON, Mario, op. cit., p. 98.



## Jesús el Maestro – Profeta

*“El temor se apoderó de todos, y alababan a Dios diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo”* (Lc 7,16). En la Sinagoga de Nazaret, al pronunciar su discurso inaugural, Jesús se siente consagrado por el Espíritu del Señor, Espíritu de fortaleza, de misericordia, de compasión, de solidaridad, para evangelizar a los pobres, sanar los corazones destrozados, liberar a los cautivos, dar vista a los ciegos, pregonar un año de gracia da parte de Dios y consolar a los sumergidos en la aflicción (cf. Lc 4,18-19). Ante sus palabras, postura y gestos, la Samaritana exclamó con júbilo: *“Señor, veo que eres un profeta”* (Jn 4,19), y el ciego de nacimiento curado por Jesús, contestando a la interrogación de los fariseos, dice convencido: *“es un profeta”* (Jn 9,17). Después de la multiplicación de los panes, la gente al ver la señal que había realizado, decía: *“Este es sin duda el profeta que iba a venir al mundo”* (Jn 6,14), el profeta absoluto a quien debemos escuchar (Lc 9,35; Mt 17,5; Ms 9,7). Como profeta Jesús está *“lleno del Espíritu Santo”* (Lc 4,1), y anuncia la Utopía de Dios, su Reino, y la va manifestando y haciendo presente mediante signos de misericordia, de solidaridad, de vida y de paz, y denuncia el anti-Reino que se opone al proyecto de Dios. Combate la idolatría de la riqueza y del poder que suplanta y excluye al Dios vivo y verdadero en el corazón del hombre y además sacrifica al ser humano y toda la naturaleza (Lc 16,13). Reprueba la riqueza injusta que genera las desigualdades en la sociedad (Lc 6,24-25; 18,24-25), censura el poder opresor que discrimina (Lc 22,24-27; Mt 20,25-27; Mc 10, 42-44); cuestiona la observancia religiosa hipócrita (Mt 7,17-23) y descalifica la ley que abrumba y esclaviza (Mc 2,18-28; 3,1-6). Como profeta de Dios, Jesús se constituye en el defensor de los pobres y excluidos de la sociedad. Su compromiso liberador y su solidaridad lo llevan a compartir la misma suerte de los pobres y excluidos. En la línea de los profetas, Jesús denuncia y condena el legalismo hipócrita y el ritualismo vacío, cuando la ley y el culto, además de desconectados de la vida, son puestos por encima de la persona y son utilizados para dominar las conciencias y encubrir la injusticia. En contraposición, Jesús afirma que el culto en espíritu y verdad, agradable a Dios, es el amor al prójimo y la práctica de la justicia.

Jesús, el Maestro – profeta, tenía muy claramente definida su misión y también su plan educativo: la implantación del Reino de



Dios, la irrupción de un mundo y de una humanidad renovada según el proyecto original nacido del corazón de Dios. La pedagogía de Jesús es evangelizadora: mediación, signo e instrumento de la Buena Nueva de la liberación, de la comunión y de la vida en plenitud para la humanidad.

## Principios fundamentales de la pedagogía de Jesús

### a) *El valor absoluto de la persona*

Frente a la persona todo debe ser relativizado y en función de cuya realización todo debe orientarse “Todo, absolutamente todo, debe supeditarse al bien y la vida de las personas, máxime si son los pobres y excluidos. Lo más sagrado para Jesús es la persona humana, particularmente los empobrecidos, los que lloran, los que tienen hambre [...]. Lo primero, lo absoluto, es salvar a las personas. Por esta razón Jesús se enfrenta permanentemente con las autoridades religiosas, jurídicas, políticas y económicas del judaísmo, pues ellos ponían las leyes, el templo y las tradiciones por encima de la vida”<sup>12</sup>. “Gloria Dei vivens homo”, escribió San Ireneo<sup>13</sup>: “La gloria de Dios es el hombre viviente”; la realización del hombre y de la mujer en su plenitud, es la vida humana plenamente lograda. Jesús reivindica la dignidad y el valor absoluto de toda persona, comenzando por aquellos que dentro de la sociedad no tienen el mínimo reconocimiento y, por eso, son marginados y despreciados, como: las mujeres reivindicando su igualdad frente a la prepotencia masculina (Mt 19,5-9; Mc 1,29-31; 5,25-34); los enfermos, los leprosos, curándolos, incorporándolos e integrándolos en la comunidad (Mt 8,1-3; Mc 1,40-45); los publicanos, considerados pecadores públicos brindándoles una oportunidad de cambio y vida nueva, compartiendo con ellos la mesa (Mt 9,10-13). Para Jesús, la dignificación de la vida y de la persona incluía la amistad y la fraternidad que crecen alrededor del pan, fuente de vida, y del vino, generador de alegría, símbolos de las bases materiales de la vida, de la salud y de la amistad.

<sup>12</sup> Cf. PERESSON, op. cit., p., 217s.

<sup>13</sup> *Adversus Haereses*. Lib. IV, cap. XX, 7, PG 7, 1037.



## **b) La pedagogía del Amor**

*“Les doy este mandamiento nuevo: que se amen unos a otros. Ustedes se amarán unos a otros como yo los he amado. Así reconocerán todos que ustedes son mis discípulos, si se tienen amor unos a otros”* (Jn 13,34-35). El amor es para Jesús el parámetro relacional y el principio pedagógico fundamental. Amor que es sinónimo de cercanía, afecto, confianza, confidencia, donación de sí: *“no hay amor más grande que este: dar la vida por sus amigos”* (Jn 15,13). Para con los niños manifiesta afecto y ternura acogiéndolos, abrazándolos, imponiéndoles las manos (Mt 19,13-15); Para con los abatidos, enfermos y necesitados, el amor se hace compasión entrañable y misericordiosa (Mc 6,34). Para Jesús, el amor, la amistad, la ternura, la misericordia son el principio que inspira toda su acción. Sin embargo, Él va más allá de la normalidad, superando la antigua ley, expresando su amor, ternura, compasión y misericordia, incluso por aquellos que no aceptan su propuesta, como el joven rico (Mc 10,17-21) y aún por sus propios enemigos (Lc 23,34). Para manifestar el sentido más profundo de su pedagogía como pedagogía del amor, Jesús mismo plasmó el hermoso *icono de la parábola del Buen Pastor*.

Entre los muchos títulos que Jesús recibe, y entre las muchas formas de cómo Él mismo se presenta, hay una que merece especial atención: *“Yo soy el Buen Pastor”* (Jn 10,11), que libera y sana, que busca a la oveja perdida y no descansa hasta encontrarla. Y, al encontrarla, se llena de gozo (cf. Lc 15,4-7). En Él la oveja herida, cansada y agobiada puede encontrar seguridad y descanso, como Él mismo lo prometió: *“Vengan a mí los que se sienten cargados y agobiados, porque yo los aliviare”* (Mt 11,28). Jesús es el Pastor que no tiene como preocupación exclusiva la dimensión espiritual del pueblo, sino que se preocupa por todas las dimensiones de la persona, incluso la dimensión política. Sin embargo, la figura del Pastor ya está presente en el Antiguo Testamento, designando también con este título a quienes tenían responsabilidad política y social, como los Reyes. El profeta Ezequiel nos ofrece un espléndido cuadro sobre los reyes pastores y sobre Dios, el verdadero Pastor de Israel (cf. Ez 34, 1-31). Denuncia que el rebaño anda disperso por el descuido de los malos pastores (v. 1-6); advierte que Yahvé les quitará el oficio de apacentar a las ovejas del rebaño (v. 7-10): que Dios será el inmediato pastor



de Israel (v. 11-16) y promete que suscitará un príncipe-pastor (v. 23-24), que los apacentará en la paz y la justicia. “Viendo la multitud se compadeció porque estaban cansados y decaídos, como ovejas sin pastor” (Mt 9,36). Jesús no se queda insensible ante la situación del pueblo. Él siente una profunda compasión, una preocupación que viene de lo más profundo de su ser. Viene de las entrañas, lugar donde están localizadas las emociones más íntimas y más intensas. Cuando los Evangelios hablan de la compasión de Jesús como siendo movido en sus entrañas, ellos expresan algo muy profundo y muy misterioso. La compasión que Jesús sentía era muy diferente de los sentimientos superficiales o pasajeros de pesar o de simpatía. Es una realidad que se refiere a las entrañas de Dios. Jesús tiene dolor en las entrañas. Sufre con la situación del pueblo. Se deja tocar por sus necesidades. Su práctica rompe con lo que es convencional. Él mira la vida a partir de los últimos y procura orientar sus discípulos a comprender que Dios quiere la vida en abundancia para todos. Jesús muestra que el compartir es la actitud fundamental para que la vida sea posible para todos (cf. Mc 6,30-44), que la conversión exige el establecimiento de la justicia en las relaciones entre las personas (cf. Lc 19,1-10), que el verdadero cumplimiento de la ley se establece en el compartir de los bienes con los pobres (cf. Mc 10,17-27). En la parábola del Lázaro y del rico (Lc 16,19-31), en el pasaje del juicio final (Mt 25,31-46), Jesús revela que la salvación escatológica depende de la actitud que las personas tienen en su vida en relación con los pobres. Jesús muestra que es profundamente humano, porque es plenamente divino. Con esta forma de actuar, los Evangelios nos señalan el camino a seguir, que es quitar de nuestro pecho el corazón de piedra y poner en él un corazón de carne, sensible como el de Jesús a los problemas de los hermanos y hermanas<sup>14</sup>.

La compasión y la misericordia, manifestaciones de la solidaridad del Dios, las expresó Jesús Buen Pastor liberando y sanando del pueblo todo mal, toda enfermedad y toda dolencia: de la enfermedad física (Lc 4,39-40; 5,13.15.25); del pecado (Lc 5.20.25); del

<sup>14</sup> Cf. FERRARO, Benedito, *Jesús, formador de adultos*. “Com adultos, catequese adulta”. Segunda Semana Brasileira de Catequese. Estudos da CNBB 84. Paulus. São Paulo, 2002.



demonio (Lc 4,33-37.41); de la incredulidad y del temor (Lc 5,5.10; 8,25); del apego a los bienes terrenos (Lc 5.11.28; 12,13-21); del fundamentalismo de la Ley (Lc 5,13); de esclavitudes legalistas (Lc 5.30-32.33-35.36-39); del desprecio por motivos raciales, políticos o de trabajo (Lc 5,27-28; 7,1-10); de la ignorancia religiosa (Lc 6,20-49); de la muerte (Lc 7,11-17; 8, 49-56); de la discriminación femenina (Lc 8,1-30); de la discriminación religiosa (Lc 7,1-10; 8,26-37); del exceso de preocupaciones (Lc 10, 41-42: 12,22-31); de la angustia por haber pecado (Lc 22,61-62)<sup>15</sup>. “*El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades*” (Mt 8,16-17; Is 53,5)<sup>16</sup>.

Jesús, Buen Pastor, es modelo en el trato a las personas. Dedicó tiempo para atenderlas (Mt 14,14), aun cuando busca soledad (Lc 9,10s). Se aleja oportunamente de la multitud (Mt 8,18). Recibe al que se le acerca (Mt 17,14-18) o cuando va de camino (Mt 8,15) o está retirado de noche (Jn 3,1s). Atiende bien a familiares de amigos (Lc 4,38s), a personajes importantes (Mt 9,18), a mendigos (Mt 9,27-29), a extranjeros (Mt 8,5-13; 15,21-28), a niños (Mt 19,13-15), a marginados que otros acallan (Mt 20,29-34). Se alegra (Lc 10,21s) y da alegría (Jn 13,17, 15,11; 16,24; 17,13). Deja todo para atender una petición urgente (Mt 9,18s). Despide con calma a las personas (Mt 14,22s; 15,39).

### **c) La pedagogía de la praxis**

El proyecto pedagógico hacia el cual Jesús orienta la totalidad de su vida y centra todo su mensaje es *la irrupción y realización del Reino de Dios*. Todo lo que Jesús dice, vive y hace, tiene una intencionalidad absolutamente definida: la instauración aquí y ahora del Reinado de Dios. En el centro de su misión evangelizadora está su propia práctica, sus obras como signos históricos de vida y misericordia que liberan, que curan, que dignifican a las personas (cf. Lc 7,18-23; Mt 11,2-6)<sup>17</sup>. Jesús presenta, además, las obras que

<sup>15</sup> CARRILLO ALDAY, Salvador, *El Señor es mi Pastor. Cristología bíblico-pastoral*. Dabar, México, 1996. Citado por VALADEZ FUENTES, Salvador, *Espiritualidad Pastoral. ¿Cómo superar una pastoral sin alma?* Paulinas, Bogotá, 2005.

<sup>16</sup> Idem, p. 140.

<sup>17</sup> Cf. PERESSON, Mario L, op. cit. p. 237s.

realiza como el criterio fundamental de la verdad y autenticidad de su enseñanza: *“Estas obras que yo hago, prueban en mi favor que el Padre me ha enviado”* (Jn 5,36). La autoridad de Jesús se fundamenta en la plena coherencia entre lo que enseña y lo que hace, en la inseparable relación entre palabra-vida, palabra-testimonio, o en lo que de manera tan original Paulo Freire definió la Pedagogía de Jesús: como la “palavração”, la “palabra-acción”, porque en él su palabra era inseparable de la práctica. Su práctica era el punto de partida de su palabra y sus palabras eran la explicación de su práctica; por eso Jesús puede decir con toda autoridad: *Aprendan de mí*” (Mt 11,29), y puede afirmar que él mismo en persona es *“el Camino, la Verdad y la Vida”* (Jn 14,10).

Porque enseña lo que vive y hace, Jesús puede decir con toda razón: *“Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá luz y vida”* (Jn 8,12). La pedagogía de Jesús sólo tiene sentido en la perspectiva del horizonte histórico del Reino de Dios. Es un enseñar a vivir y buscar la vida abundante en la existencia histórica hacia el Reino definitivo. Las señales que realiza son una forma de comprometer a sus discípulos en la lucha contra todos los sufrimientos y males que afectan la humanidad: tanto físicos, como las enfermedades, como sociales, de exclusión y excomunión, como también psíquicos. Los discípulos, como testigos directos de las actitudes y del obrar de Jesús, se dan cuenta de cuánto sufrimiento y abandono, de cuánta exclusión y depravación existen en la sociedad, y son educados para adquirir, ante esta realidad, un corazón compasivo, una sensibilidad, una actitud de misericordia, y a responder mediante la acción liberadora a estas necesidades y sufrimientos. Para Jesús la práctica de la misericordia y el amor eficaz son el criterio definitivo y universal para entrar e formar parte del Proyecto salvífico de Dios (Mt 25,31-46; Lc 10,25-37)<sup>18</sup>.

El hecho que de forma maravillosa presenta la pedagogía de Jesús, su postura de Maestro, es su encuentro con la Samaritana (Jn 4,6-30). Los samaritanos eran duramente discriminados por los judíos, que se consideraban a sí mismos como los puros, fieles cumplidores

<sup>18</sup> Idem, op., cit. 237-244.



de la leyes, superiores a los demás, mientras que los samaritanos eran una mezcla de pueblos, culturas, creencias, por tanto, según el concepto judío, “impuros”. Los judíos no hablaban con los samaritanos, ni se imaginaba la posibilidad de que un judío, y menos todavía que un “Rabino”, hablara en público con una mujer samaritana. Jesús, reconocido como Maestro, llegando con sus discípulos al borde del pozo de Jacob, se encuentra con una mujer samaritana de mala fama; además de hablar con ella, lo que era inconcebible para la tradición judía, Jesús se hace necesitado ante ella, le pide agua para beber. A la propia mujer le extraña la actitud de Jesús: “¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?”. La postura de Jesús no es de superioridad, de imposición, de discriminación, ni de prejuicio, sino de humildad, de cercanía, de ternura, de misericordia. Esta postura abre un canal de diálogo, una actitud de acogida de parte de la mujer y, para Jesús, una posibilidad de proponer la novedad, de ofrecer el “agua viva” y hacer de ella, además de una discípula, una misionera.

#### 4. IGLESIA – Sacramento de Cristo y del Reino

“La Iglesia es un misterio, o sea, un sacramento. ‘Lugar total de los sacramentos cristianos’, ella misma es el gran sacramento que contiene y vivifica todos los otros. Ella es aquí en la tierra el sacramento de Jesucristo, como Jesucristo es para nosotros, en su humanidad, el sacramento de Dios” (H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*). El Concilio Vaticano II rescató tanto la imagen de “Jesucristo, Sacramento del Padre”, como de la “Iglesia, Sacramento de Cristo”<sup>19</sup>. “La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal”<sup>20</sup>. Con el Vaticano II se abren perspectivas nuevas sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia. Ella no se presenta primeramente como una sociedad perfecta, sino como un misterio y un sacramento. A ejemplo de Cristo y de las

<sup>19</sup> Cf. LG 1, 8, 38, 48; SC 5-6; AG 1, 5; GS 12, 14, 36.

<sup>20</sup> LG 1.

primeras comunidades de fieles, ella toma el camino de la señal, de la parábola. Más que imponer, ella propone.

La Iglesia viene de Cristo y actúa en nombre de él; no existe por ella misma, sino que procede de Cristo crucificado y resucitado, de la sangre y del agua salidas del corazón traspasado (Jn 19,34-35), de la sangre de la eucaristía derramada por la multitud en remisión de los pecados y del agua del bautismo de donde renace la nueva humanidad. En ella se realiza la unión íntima entre los fieles y Dios por la oración, por los sacramentos y por la acción en favor de la vida. En ella se vive también la comunión fraterna instaurada por Jesucristo.

La Iglesia es sacramento del Reino: ella anticipa su realización y anuncia su venida. La imagen más usada en la Biblia para evocar la realidad nueva de la germinación del mundo de Dios en el mundo de los hombres, es de un Reino, es decir, un pueblo socialmente organizado y fraterno, viviendo en paz alrededor de un Rey justo y bueno. Este Reino es por excelencia la comunicación feliz entre todos: es el horizonte de felicidad para la humanidad. Es la esperanza tenaz que parece dilatarse a medida que avanza la historia, pero también resiste y renace sin cesar contra todos los fracasos y todas las regresiones. Del Reino nosotros sólo tenemos señales y trazos. Su presencia es una gestación lenta y paciente, de una promesa de cosecha cuando la semilla cae en la tierra, de una germinación subterránea anunciadora de nuevas primaveras que están para venir, de partos de una paz frágil siempre en curso de realización.

Durante varios siglos vivimos en la Iglesia un cierto reduccionismo sacramental, o sea, cuando se hablaba de los sacramentos, se tenía presente solo los siete sacramentos, y se había perdido de vista toda una existencia sacramental, de un Dios que se revela en sus criaturas, y sobre todo en su Hijo Jesucristo, en su Palabra y en su Iglesia. Es lo que el Papa Pablo VI en la Encíclica *Ecclesiam Suam* (1964) llama: “*El ofuscamiento de la sacramentalidad de la Iglesia*”. Este tema se deduce de la teología de la sacramentalidad: Cristo es el sacramento del Padre; la Iglesia es el sacramento de Cristo; nosotros somos los sacramentos de Cristo y de la Iglesia. Es decir, actuamos *in persona Christi et Ecclesiae*. Somos señales, signos, sacramentos de



Cristo<sup>21</sup>. Como sus discípulos misioneros, miembros de su cuerpo, movidos por el mismo Espíritu que lo movió a hacer solamente el bien, fieles a su palabra y a su ejemplo de amor, misericordia y compasión, configurados con Él, la humanidad debería reconocer en nosotros la presencia viva de Jesucristo, y llamarnos cristianos, no en razón de un recuerdo bautismal o del registro en los archivos parroquiales, sino a partir de nuestro modo de vivir (cf. Hch 11, 26; Jn 13,35). “Ustedes son una carta de Cristo redactada por ministerio nuestro y escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios” (2Co 3,3).

La imagen más sugestiva de la Iglesia como Sacramento de Cristo, es la que San Pablo nos presenta: “Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno en particular es un miembro de él” (1Co 12,27). Y lo que es decisivo para la sacramentalidad de este cuerpo es la unidad entre sus miembros entre sí y con la cabeza del cuerpo, Jesucristo. La imagen de la vid y de las ramas (Jn 15,1-8), la súplica hecha al Padre por Jesucristo en el momento más dramático de su vida, para que “*que todos sean uno...*” (Jn 17,21-26), son expresiones de la sacramentalidad de la Iglesia en su máxima densidad. “Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, así también Cristo. Todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo espíritu, para formar un único cuerpo. Y a todos se nos ha dado a beber del único Espíritu”<sup>22</sup>.

Pero, este cuerpo no puede ser un cuerpo deformado, desordenado, sin identidad ni coordinación. El coordinador es el Espíritu Santo, que lo reviste de dones. “Hay diferentes dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; hay diversos ministerios, pero el Señor es el mismo; hay diversidad de obras, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos” (1Co 12,4-6). A partir de Pentecostés, la Iglesia experimenta de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización (DA 150).

<sup>21</sup> Cf. MELGUIZOYEPES, Guillermo, *La Conversión pastoral en el Magisterio*. In. Revista Medellín, vol. XXXIV – nº 134 / Junio 2008, p. 235.

<sup>22</sup> 1Co 12,12-13; Rm 12,4-7

La diversidad de carismas, ministerios y servicios, abre el horizonte para el ejercicio cotidiano de comunión, a través de la cual los dones del Espíritu son puestos a disposición de los demás para que circule la caridad (DA 162).

En el contexto actual, es de vital importancia la docilidad al Espíritu, considerar y valorar todos sus dones, pero hay que tener en cuenta que el primer don, según San Pablo, es el don del “apostolado” (1Co 12,28). Cuando Pablo habla de los apóstoles no se refiere a los Doce, sino a aquellos discípulos que, como él, se hicieron misioneros porque fueron enviados por el Espíritu Santo. Es importante señalar que el don del gobierno, que muchas veces es lo que más ocupa a los obispos, párrocos, los agentes de pastoral, viene en séptimo lugar. En segundo lugar aparecen los profetas, que son considerados con mucha insistencia (1Co 14). Pero, la fuerza y el sentido último de todos los dones está en el don mayor: el Amor (1Co 13,1-13; 14,1). Los dones del Espíritu están esparcidos y de repente aparecen de modo imprevisto. Nadie preparó ni formó a Pablo como misionero. Él recibió un don del Espíritu Santo y mostró un camino verdadero y seguro para el pueblo de los discípulos que pudo reunir<sup>23</sup>. Nadie planeó el nacimiento y la vida de San Francisco, él simplemente se instaló en medio del pueblo y fue misionero itinerante, siempre en búsqueda del pueblo, dócil a la voz del Espíritu y solícito al clamor de los pobres. Una Iglesia rígidamente estructurada puede perder vigor y dinamismo, así como la libertad de la acción del Espíritu, de su fuerza creadora y renovadora. Por eso, además de abandonar las estructuras caducas que no favorecen la transmisión de la fe (DA 365), se exige un abandono de la concepción monárquica piramidal del ejercicio de la autoridad y cultivar el espíritu de colegialidad comunitaria.

El amor a Dios y al prójimo nos da la identidad cristiana, es la garantía de la veracidad de nuestra fe y es el indicativo sacramental de la Iglesia. Estas exigencias nos interpelan a vivir como Iglesia samaritana (cf. Lc 10,25-37), recordando que “la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica libera-

<sup>23</sup> Cf. COMBLIN, José, *El proyecto de Aparecida*. In Revista Spiritus, Año 48/4, n° 189, Diciembre de 2007. Quito, Ecuador. p. 114.



ción cristiana”<sup>24</sup>. La respuesta al llamado de Cristo exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10,29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5,29-32), que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10,13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1,40-45), que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7,36-49; Jn 8,1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4,1-26). Al legista que le pregunta qué tiene que hacer para obtener la vida eterna, Jesús le propone como ejemplo de la vivencia del mandamiento del amor, la actitud del Samaritano, quien, a diferencia del sacerdote y del levita que pasaron de largo ante el hombre que había caído en manos de los bandidos y yacía botado al borde del camino, llegó junto a él (1), y al verle tuvo compasión (2), se acercó (3), vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino (4), lo montó sobre su propia cabalgadura (5), le llevó a una posada, y cuidó de él (6), y sacando dos denarios se los dio al posadero (7). Son 7 acciones que expresan la plenitud y radicalidad del cumplimiento del mandamiento del amor (Lc 10,25-37). La medida del amor es la medida de la gratuidad, la donación y el servicio<sup>25</sup>. Pero no siempre somos señales claras, nítidas, transparentes, y contribuimos al “*ofuscamiento*”, al trastorno, al oscurecimiento de la sacramentalidad de la Iglesia, no hay otra respuesta que la *conversión pastoral y personal*<sup>26</sup>.

## 5. Conversión personal, comunitaria y pastoral

San Pablo pide a los romanos que “*no sigan la corriente del mundo en que vivimos, más bien transfórmense por la renovación de su mente. Así sabrán ver cual es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto*” (Rm 12,2). Una conversión comunitaria y pastoral exige antes una conversión personal, un cambio de mentalidad, un cambio de vida. La conversión personal puede empezar a partir de distintos factores, pero lo más común es el descubrimiento de Dios, de su amor, de su ternura, de su cercanía,

<sup>24</sup> DI 3, DA 26

<sup>25</sup> PERESSON, Mario I., op. cit. p. 230.

<sup>26</sup> Cf. MELGUIZO Y., op. cit., p. 235.





de su infinita misericordia, a través de la escucha de su Palabra liberadora. He aquí la importancia de la acción misionera. En la Sagrada Escritura y en la historia encontramos muchos ejemplos de procesos de conversión, pues la conversión es un proceso constante. Un sábado, en el pueblo de Cafarnaúm, Jesús entró en una casa de oración, y entre las personas encontró a un hombre que estaba en poder de un espíritu malo (cf. Mc 8,33); Jesús expulsó dicho espíritu, pero no de forma mágica (milagrera), sino con una enseñanza nueva, un anuncio diferente, hecho con autoridad (cf. Mc 1,21-27). La mentalidad corrompida fue desplazada, substituida en la mente y en el corazón del hombre por el proyecto liberador de Dios. Para que haya conversión, es necesario permitir que Jesús, a través del anuncio y el testimonio de la Iglesia, sacramento de Cristo, expulse de nuestra mente y de nuestro corazón, la mentalidad corrompida y diabólica (Rm 12,2), que se expresa por una alienación, conformismo y pasividad con la situación, relativismo, subjetivismo y el falso concepto de libertad, individualismo, consumismo, materialismo, absolutismo, mezquindad... Es preciso permitir que Dios derrame sobre nosotros el agua purificadora, nos dé un corazón nuevo y ponga dentro de nosotros un espíritu nuevo; es preciso permitir que Él quite del cuerpo el corazón de piedra y ponga un corazón de carne... (Ez 11,19; 36,25-26).

Hay quienes nos acusan de realizar una pastoral desencarnada, desequilibrada, desorganizada, individualista, empírica (sin reflexión teológica), utilitaria e inmediateista, rígida y uniforme, centralista (poco participativa, marcadamente clericalista), desenfocada (no centrada, no esencial), fragmentaria (no integradora), improvisada, discontinua (de sucesos, no desata procesos), dispersa (no centrada en prioridades), de conservación (no misionera), sacramentalista, alienante (no libertadora), repetitiva (no creativa), cuantitativa (importa más la cantidad que la calidad), no contextualizada, anacrónica (no actualizada), activista, afincada en el dogma (mas que en la Palabra de Dios), poco eficaz (no transformadora de las personas y estructuras), moralista (no misericordiosa), etc. ¿Tienen razón?<sup>27</sup>. De hecho, constatamos en el escenario actual de la Iglesia una acción pastoral ineficaz y agotadora, en razón de un cierto activismo, cuyos síntomas

<sup>27</sup> Cf. VALADEZ FUENTES, Salvador, op. cit. p. 96.



más claros son el cansancio que agobia, la ansiedad, las frustraciones, el aburrimiento, el desaliento, que produce lo que en la área de la psicología se llama el síndrome del “buen Samaritano” desilusionado, desencantando que, en no pocos casos, lleva a la deserción. Constatamos una débil vivencia de la opción preferencial por los pobres, un escaso acompañamiento dado a los fieles laicos en sus tareas de servicio a la sociedad. Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el ritualismo sin el conveniente itinerario formativo, descuidando otras tareas pastorales. Algunos movimientos eclesiales no siempre se integran adecuadamente en la pastoral parroquial y diocesana; a su vez, algunas estructuras eclesiales no son suficientemente abiertas para acogerlos. Percibimos no pocas caídas secularizantes en la vida consagrada, y numerosas personas pierden el sentido trascendente de sus vidas y abandonan las prácticas religiosas... (DA 100). Todo eso puede ser definido con palabras del P. Salvador Valadez como “una pastoral ‘sin alma’”. Es decir, carente de una adecuada reflexión que dé sustento teológico y orientación evangélica a lo que se realiza y, sobre todo, vacía de una *mística*, vida interior, que le inyecte vida y dinamismo. Además, se constata en muchas circunstancias la incoherencia entre fe y vida, un divorcio ente la praxis y la propia experiencia de fe<sup>28</sup>.

Ante estas situaciones constatamos y “lamentamos, algunos intentos de volver a un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II” (DA 100). La Conferencia de Aparecida, movida por el Espíritu renovador, creativo y transformador, los lanza hacia adelante, reafirma, asume y radicaliza la opción preferencial por los pobres, asume la herencia de los mártires de la fe y de las causas sociales, denominándolos nuestros santos aún no canonizados (DA 98). Es a partir del contacto con el mundo como la Iglesia se rehace, se modifica, se convierte y aprende, y no en la “fuga mundi” entendida como una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas sociales. Al contrario, una espiritualidad y mística de conversión lleva al discípulo misionero al corazón del mundo y lo vuelve comprometido con los reclamos de la realidad.

<sup>28</sup> Cf. Idem. p. 26 y 28

La conversión pastoral pide y se expresa, sobre todo, por la osadía y el coraje “de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (DA365), y de “ser testigos del derrumbamiento de muchas estructuras que hacían de la Iglesia una institución imponente, y presentimos que ese cuerpo inmenso solamente recobrará vida por el florecimiento y la multiplicación de comunidades cristianas auténticas”, animadas y conducidas por Agentes-pastores, discípulos misioneros, con una sólida Espiritualidad Pastoral, impregnada por el dinamismo del Espíritu Santo y generadora de “vida divina”<sup>29</sup>. El proceso de conversión pastoral es movido por una espiritualidad o mística, que constituye el “alma de la pastoral”, el motor que impulsa y dinamiza todo el ministerio eclesial. Es el conjunto de convicciones de fe (lo que se cree), motivaciones (lo que se espera), opciones (lo que se quiere), actitudes (lo que se vive) y valores que animan a todo Agente de pastoral (discípulo misionero) en el desempeño de su trabajo y lo capacitan para vivirlo como experiencia de Dios y llevarlo a cabo “en el Espíritu de Jesús Buen Pastor”<sup>30</sup>. Todo Agente de Pastoral que quiera ser verdadero evangelizador ha de ser: fiel testigo/a de Cristo; lleno del Espíritu Santo; Amigo/a de Dios (orante) y amigo de todos los hombres y mujeres (signo y instrumento de comunión), que transmita el Evangelio con parresia: libertad de espíritu, valentía, confianza, alegría y entusiasmo incontenible. Esperamos un nuevo Pentecostés que renueve nuestra esperanza y alegría que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios.

## 6. Vida Eucarística

“¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y El Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del Amor!”<sup>31</sup>. La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un

<sup>29</sup> Idem. p. 61.

<sup>30</sup> Idem. p. 24.

<sup>31</sup> DI 4 y DA 128.



estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiriera verdaderamente una forma eucarística. La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero (DA 251). Cada gran reforma en la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía<sup>32</sup>. Casi durante mil años vivimos en la Iglesia un cierto empobrecimiento en cuanto a la comprensión y vivencia eucarística. El alejamiento de la fuente, la Palabra de Dios, el olvido de los santos Padres de la Iglesia y sus preciosas catequesis y sabios sermones, han reducido la Eucaristía a un mero “objeto de adoración”, y el rigorismo moral legalista, la “pecado manía” (vivir en función del pecado y no de la misericordia divina) ha hecho de la Eucaristía un “premio para los puros”, y no el alimento de los pecadores.

El término Eucaristía procede de la conjunción de dos palabras: “*eulogein*” (del griego), que significa alabar, enaltecer, expresando más el aspecto de la persona, el bien-decir, el atribuir el bien a quien lo ha hecho; y “*Eucharistein*” (del latín), que significa agradecer, dar gracias, acentúa más los dones, la *charis* recibida. En síntesis, Eucaristía es dar gracias a Dios por todos los dones recibidos. La “Cena del Señor”, o la Eucaristía, es “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (LG 11), es el “sacramento del amor, señal de unidad, vínculo de la caridad, banquete pascual en que Cristo es recibido como alimento, el espíritu es lleno de gracia y a nosotros es dado la garantía de la gloria futura” (PO 5). “Sin embargo, ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima Eucaristía” (PO 6).

La cuestión es: ¿Qué sacrificio eucarístico agrada a Dios? ¿Qué tipo de eucaristía puede transformar el Continente de la Esperanza en el Continente del Amor? La cuestión tiene sentido y razón de ser, pues en la Sagrada Escritura, ya en el Antiguo Testamento, encontramos muchos reproches y condenaciones a ciertos tipos de celebraciones de acción de gracias: (Is 1,10-17; 29,13-14; Jr 7,1-10; Am 5,21-24; Sir 34,18-22). En el Nuevo Testamento el propio Jesucristo reprueba

<sup>32</sup> Cf. SC 6.

ciertos tipos de sacrificios: *“No es el que me dice: ¡Señor! ¡Señor!, el que entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre del Cielo”* (Mt 7,21); Los fariseos excluyen a los pecadores e impuros de sus mesas y de sus celebraciones de acción de gracias. Ellos reprochan a Jesús por qué come con los publicanos y pecadores. Y Él les contesta: *“Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Aprendan lo que significa esta palabra de Dios: Yo no les pido ofrendas, sino que tengan compasión. Pues no vine llamar a hombres perfectos sino a pecadores”* (Mt 9, 10- 13); Ante la incoherencia e hipocresía de los fariseos y doctores de la ley Jesús recuerda y hace suyas las palabras del profeta Isaías: *“Este pueblo me honra con la boca, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me rinden no sirve de nada, y sus enseñanzas no son más que mandatos de hombres”* (Mt 15,7-9).

Uno de los reproches más duros lo encontramos en la carta de San Pablo a los Corintios. Ante el egoísmo, discriminación, división, acumulación de bienes, incapacidad de compartir con los más pobres, San Pablo advierte a los cristianos de Corinto: “su reunión ya no es la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a tomar su propia comida y, mientras uno pasa hambre, otro se embriaga. ¿No tienen ustedes casa para comer y beber? ¿O es que desprecian a la Iglesia de Dios y quieren avergonzar a los que no tienen? ¿Qué les diré? ¿Los aprobaré? En esto no”. Así, el que no sabe compartir, el que no vive la comunión eclesial, el que no comulga el “Cristo total”, es decir la cabeza y los miembros, que son las hermanas y los hermanos, de una manera particular los más pobres (cf. DA 65), come y bebe la copa del Señor indignamente y peca contra el cuerpo y la sangre del Señor... come y bebe su propia condenación al no reconocer el cuerpo (cf. 1Cor 11,17-34). Por tanto, la Eucaristía, el sacrificio, la acción de gracias que agrada al Señor, que puede hacer del Continente de la Esperanza el Continente del Amor, es la alabanza sincera a Dios, fruto de labios que celebran su Nombre. Pero es, sobre todo, la generosidad y la capacidad de servir, de donarse, de compartir con los demás, de manera particular con los más pobres de nuestra sociedad (cf. Heb 13, 15-16).

Jesús instituyó la Eucaristía durante la celebración de la Pascua. Encontramos en la Biblia cuatro relatos: 1Cor 11,23-25; Lc 22,15-20;



Mc 14,22-24; Mt 26,26-28, que son en su esencia concordes entre sí. Cuando Jesús tomó el pan y la copa de vino dirigió su oración de acción de gracias a Dios y dijo “tomen y beban, esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”, expresa lo que fue su vida, una donación total por la vida de la humanidad. Esta es la perfecta acción de gracias, la perfecta Eucaristía. Juan, por su parte, omite la narración de la institución de la Eucaristía, y no lo hace por acaso. En el lugar del relato de la institución de la Eucaristía, él nos presenta la narración del lavatorio de los pies (Jn 13,1-17). De esta forma, él coloca en evidencia la relación entre Eucaristía y servicio a los hermanos. Substituyendo el relato de la acción litúrgica de la eucaristía, por la acción afectiva del servicio, Juan substituye el sacramento por la realidad que éste significa, a saber, el servicio de la caridad fraterna. El gesto de lavar los pies es una especie de explicación o de un comentario simbólico del sentido más profundo de la eucaristía. Lo que es todavía, más significativo es que Juan concluye el relato del lavatorio de los pies con esta orden dada por Jesús: *“Les he dado un ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes”* (Jn 13,15), que hace eco al mandamiento eucarístico: *“Hagan esto en conmemoración mía”* (Lc 22,19). Es igualmente instructivo el hecho que Juan termina este capítulo particular de su Evangelio, recordando el gran mandamiento en el contexto de esta acción dramática y simbólica que es el lavatorio de los pies: *“Les doy este mandamiento nuevo: que se amen unos a otros. Ustedes se amarán unos a otros, como yo los he amado. Así reconocerán todos que ustedes son mis discípulos: si se tienen amor unos a otros”* (Jn 13,34-35).

La pedagogía de Jesús no es meramente teórica, abstracta, ritual, es sobre todo el servicio y el donarse sin reservas (cf. Mt 20,28) por la vida en abundancia para todos (cf. Jn 10,10). Por tanto, es el vivir eucarísticamente, o sea, hacer del servicio gratuito, generoso, solidario a favor de la vida, la acción de gracias a Dios, que contribuye con la transformación de nuestro continente en el Continente del Amor.

### Conclusión

El proyecto de la Misión Continental propuesto por la Conferencia de Aparecida es ambicioso, pues poner a toda la Iglesia Latinoamericana y Caribeña en estado de misión es una tarea gigan-

tesca y exige una inversión del sistema eclesiástico, pues todo debe orientarse hacia la misión<sup>33</sup>. Solamente una auténtica conversión a nivel personal, comunitario y pastoral, un cambio de mentalidad y comportamiento, movida por el Espíritu Santo, pueden tornar exitosa esta iniciativa de la Iglesia. El camino más seguro es volver a las fuentes del cristianismo, a Jesucristo, su enseñanza, su manera de ser, de vivir, de relacionarse con el Padre, con las personas, su actuar, asumir su pedagogía; recuperar las preciosas catequesis e instructivos sermones de los santos padres y santas madres de la Iglesia; tomar como modelos e inspiración a los grandes santos y santas, mártires, testigos de la fe. Podríamos citar una lista interminable de nombres de misioneros y misioneras inspiradores para nuestro discipulado misionero, pero bástenos señalar a tres de nuestros tiempos, además de San Pablo, San Juan Crisóstomo, San Francisco de Asís, que para mi personalmente, y con certeza para muchos, son inspiración y modelo de discípulos misioneros: Dom Helder Câmara, Mons. Oscar Romero y Madre Teresa de Calcuta. Dom Helder Câmara, modelo de obispo para el siglo XXI, fue un misionero, hombre de contacto personal, capaz de atraer y de transformar a las personas con las cuales entraba en comunicación, de modo que ellas sentían la necesidad de cambiar de vida. Un hombre de intensa vida de oración, dócil al Espíritu Santo, de un amor sin medida por la Iglesia, un hombre de una profunda sensibilidad y compasión para con los pobres, él se hizo pobre con y por los pobres. Su coraje y perspicacia profética imponía respeto y sus palabras, expresión de su vida, calaban profundamente en el corazón de quien tenía la gracia de escucharlo. Cuando ayudaba y defendía a los pobres era llamado santo, cuando denunciaba las causas de la pobreza, sus oponente lo llamaban comunista u “obispo rojo”. Pero él seguía haciendo resonar su voz en todos los “areópagos” del mundo. Mons. Oscar Romero, como obispo de El Salvador, vivió en un contexto de durísima opresión, violencia, persecución, tortura, de confusiones y contradicciones políticas y religiosas, se manifiesta su amor radical a Jesucristo presente en los pobres y oprimidos, su coraje profético haciéndose la voz de los sin voz. Las constantes amenazas de muerte lo fortalecían más y le daban la convicción de estar

<sup>33</sup> Cf. COMBLIN, José, op. cit. p.189



cumpliendo con su misión de luchar por la libertad y la vida de su pueblo. Decía: “si me mataren yo resucitaré en la vida de mi pueblo”. El día 24 de marzo de 1980, cuando estaba celebrando la Eucaristía fue violentamente martirizado por personas que no toleraban su manera de “servir”. Él se hizo, voluntariamente o no, la perfecta unión de dos tipos de memorias: la cultural, durante la cual, él proclamaba sin cesar las exigencias del Evangelio; la memoria existencial, por la cual él no temía la muerte, donación plena su vida como servicio fraternal. La Madre Teresa de Calcuta es la mujer que, tal vez en los últimos tiempos, mejor comprendió y encarnó de una forma radical y valiente la imagen de una Iglesia Samaritana que el Documento de Aparecida nos propone insistentemente: “Iluminados por Cristo, el sufrimiento, la injusticia y la cruz nos interpelan a vivir como Iglesia Samaritana (cf. Lc 10,25-37), recordando que la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana”(DA 26).

Estos son algunos de los muchos de “nuestros santos y santas, y de quienes, aún sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo” (DA 98).